

LA ÚLTIMA CANCIÓN DE PENÉLOPE

Claire North

Traducción: Federico Cristante



CAPÍTULO 1

CANTAD, OH MUSAS, SOBRE AQUEL FAMOSO HOMBRE QUE saqueó la ciudadela de Troya y que luego deambuló durante muchos años por los mares. Las vistas que presenció fueron espectaculares y numerosas las desgracias que sufrió mientras las tempestades lo sacudían y lo arrojaban de aquí hacia allá, siempre en pos de un único destino: su hogar.

Cantad su canción a lo largo de las eras, cantad sobre corazones rotos y artefactos ingeniosos, sobre profecías y honor, sobre hombres mezquinos y sus necesidades, sobre el orgullo de los reyes y su caída. Que su nombre sea reconocido por siempre, que su historia dure más que el gran templo que se eleva sobre la cima de la montaña, que todos los que la oigan hablen de Ulises.

Y recordad cuando contéis su historia: pese a que estaba perdido, no estaba solo. Yo estuve siempre a su lado.

Cantad, poetas, sobre Atenea.

CAPÍTULO 2

DE LOS NUMEROSOS REINOS QUE COMPOEN LAS ISLAS sagradas de Grecia, suele considerarse que las islas occidentales son las peores. Y de las islas occidentales en si, que constan de muchas partes de diverso mérito, todo el mundo está de acuerdo en que Ítaca es la más terrible.

Se eleva de la mar como un cangrejo, con el lomo negro y reluciente de sal. Cuenta con bosques ralos castigados por los vientos tierra adentro, y su única ciudad no es mucho más que una aldea de senderos retorcidos y casas inclinadas que parecen apretarse y prepararse para resistir una especie de tormenta perpetua. En las orillas de los arroyos retorcidos que ella osa llamar ríos, unas cabras greñudas mordisquean unas matas que brotan como barba de anciano por entre las piedras caídas de una era olvidada. Las mujeres llevan sus rústicas embarcaciones hacia el mar gris y espumoso para capturar su cuota matutina de inquietos peces plateados que juegan contra las orillas, en la entrada de sus numerosas ensenadas y bahías ocultas. Las pendientes de Cefalonia, más ricas y verdes, se encuentran hacia el oeste; los bulliciosos puertos de Hiria hacia el norte; las generosas arboledas de Zacinto al sur. Es absurdo, sostienen aquellos que se consideran civilizados, que esas tierras más ricas deban enviar a sus hijos a rendir homenaje a la retrógrada

Ítaca, donde los reyes de las islas occidentales han construido su defectuoso intento de palacio.

Pero volved a mirar, ¿lo veis? ¿No? Pues bien, dado que yo soy la señora de la guerra y la astucia, me dignaré a compartir un poco de mi perspicacia y os diré que los taimados reyes de estas tierras no podrían haber elegido un mejor lugar para instalar su trono que el lomo del molusco: el territorio de Ítaca.

La isla descansa como una fortaleza en un lugar donde se cruzan muchos mares, y los marineros deben navegar bajo su mirada si desean vender su mercadería en Calidón o en Corinto, en Egio o en Calcis. Si hasta Micenas y Tebas envían sus embarcaciones mercantes por los puertos de Ítaca antes que arriesgarse a una travesía por las aguas del sur, donde unos guerreros disconformes de Esparta y de Pilos tal vez les saqueen hasta el alma. Tampoco es que los reyes de las islas occidentales no se hubieran permitido un poco de piratería en su época, en absoluto. Es necesario que un monarca demuestre ocasionalmente el poder que puede blandir para que cuando elija *no* hacer la guerra sino invitar a los emisarios de la paz, la paz se muestre por demás agradecida y cooperativa ante tan clemente moderación.

Otras acusaciones hechas contra Ítaca: que su pueblo es inculto, bárbaro, grosero, que en la mesa tiene unos modales peores que los de los perros y un repertorio de poesía cuya forma más elevada no pasa de alguna cancioncilla subida de tono que habla sobre pedos.

A lo que yo respondo: sí. Verdaderamente todo eso es cierto y, aun así, lo tuyo no deja de ser imbecilidad pura. Ambas cosas pueden ser ciertas al mismo tiempo.

Pues los reyes de Ítaca le han dado bastante utilidad a su aspereza y a su incultura: observad, cuando los bárbaros del norte llegan con cargamentos de ámbar y de estaño no se les cierra el paso en la entrada del puerto, ni se los regaña

como a unos forasteros ignorantes, sino que se los lleva cor-tésmente a los salones reales, se les ofrece una o dos copas de un vino de no muy buena calidad (la mayor parte del vino de Ítaca es espantosamente ácido) y se los invita a hablar de los bosques brumosos y de las montañas oscuras que habitan, como diciendo “bueno, ¿acaso no somos todos hijos del mar y del cielo?, ¿acaso no estamos igual de curtidos por la sal?”.

Los imbéciles civilizados de este mundo observan a los mercaderes del oeste; los ven allí de pie en la orilla con la túnica sucia, masticando pescado con la boca abierta. Los tildan de palurdos, de brutos, y no se dan cuenta de que esa opinión hace que sea muy fácil quitar la plata de los codiciosos dedos de unos hombres ataviados con seda y oro.

El palacio de sus reyes tal vez no sea elegante, quizá no tenga columnas de mármol ni recintos cubiertos de plata. ¿Por qué habría de ser así? Es un lugar para comerciar, para las negociaciones entre sujetos que le añaden la palabra “honesto” a su nombre por si cualquiera llegara a tener dudas. Sus muros son la propia isla, pues cualquiera que desee invadirla tendrá que maniobrar sus navíos entre acantilados escarpados y playas de piedras cortantes antes de que pueda desembarcar un solo soldado en las costas de Ítaca. Por tanto digo: los reyes de las islas occidentales tomaron decisiones astutas y sagaces a la hora de decidir dónde posar la cabeza en esta tierra escabrosa e irregular, y aquellos que los condenan son unos estúpidos que no me interesan en absoluto.

Ítaca debería haber resistido para siempre, defendida por piedras y mares contra todo intruso, salvo por el hecho de que los mejores de sus hombres zarparon a Troya junto con Ulises, y de todos aquellos que fueron a la guerra solo uno ha regresado.

Caminad conmigo entre las piedras relucientes de las orillas de Ítaca donde yace un hombre, durmiendo.

¿He de llamarlo “amado”?

Este término “amado” es un asesinato.

Una vez, hace mucho tiempo, yo estuve cerca de decirlo. Reí de regocijo ante la compañía de otra, grité alabanzas en su nombre, sonreí ante sus bromas y fruncí el ceño ante sus desgracias, y ahora está muerta y yo soy su asesina.

Nunca más.

Soy escudo, soy armadura, soy casco dorado y lanza dispuesta. Soy la mejor guerrera de estas tierras salvo quizás por uno, y no amo a nadie.

Pues bien, aquí está este hombre que lo es todo, nada, todo para mí.

Acurrucado, con las rodillas contra el pecho y los brazos cubriéndole la cabeza como si quisiera bloquear la brillante luz matutina. Cuando los poetas canten sobre él dirán que tiene el cabello dorado, la espalda ancha y fuerte, que sus muslos llenos de cicatrices son como dos árboles robustos. Pero también dirán que, con solo tocarlo, lo habré disfrutado como un anciano torcido y cojo, con su gran luz atenuada por una causa noble. La humildad del héroe: eso es muy importante para tornarlo memorable como hombre. Su grandeza no debe sonar inalcanzable, inimaginable. Cuando los poetas hablen de su sufrimiento, quienes los oigan deberán sufrir con él. Así es como convertiremos un relato en eterno.

Desde ya, la verdad es que Ulises, hijo de Laertes, rey de Ítaca, héroe de Troya, es un hombre un tanto bajo, con una espalda notablemente peluda. Su cabello alguna vez fue de un marrón otoñal, que veinte años de sal y de sol decoloraron hasta dejarlo del color del lodo, insulso y moteado de gris. Podemos decir, por lo tanto, que es de un color que ha crecido tan largo y desaliñado, que fue cortado con tanto estrés

y que quedó tan descolorido por los viajes que ya casi no cuenta como color. Ulises lleva una túnica que le dio un rey feacio. Las negociaciones en torno a la calidad de la túnica fueron extremadamente tediosas, puesto que sus anfitriones tuvieron que insistir en que, por favor, su huésped debía estar ataviado con lo mejor, y él como huésped debía responder que no, ay no, no podría aceptar, que él solo era un mendigo en su mesa, y ellos dijeron que sí, pero tú eres un gran rey, y él dijo que no, que la grandeza es tuya gran rey, y así fue durante un buen rato, hasta que por fin se pusieron de acuerdo en esa prenda regular que no es ni demasiado elegante ni demasiado pobre, y así todos quedaron satisfechos con su rol social. Los esclavos ya habían ido por la túnica mucho antes de que se llegara a tal acuerdo y ya la tenían preparada, fuera de la vista, para presentarla. Tienen muchas cosas que hacer en el día para perder el tiempo en esas formalidades de los hombres civilizados y dignos de las canciones.

Ahora duerme, lo cual constituye un modo apto y apropiado para que el rey errante regrese a su isla; indicio, tal vez, del peso de la travesía que ha experimentado, de su carga, del agobiante paso del tiempo, que ahora serán compensados con las pacíficas brisas y los dulces perfumes de la querida Ítaca y todo eso.

La vulnerabilidad: eso también debe ser una parte vital de su historia si ha de perdurar por toda la eternidad. Él ha llevado a cabo tantas fechorías, tantos actos viles, que es esencial aprovechar cualquier oportunidad de encarnar algún atisbo del inocente, del hombre castigado con crueldad por las Moiras y demás. Agregad algunos versos sobre su encuentro con la forma hueca de su madre en los campos de los muertos para enfatizar sus cualidades de hombre valeroso que se esfuerza en pos de sus objetivos pese a la carga de un corazón que se le va rompiendo; sí, creo que eso servirá.

Eso servirá.

No espero que vosotros entendáis estas cosas. Si hasta los dioses, mis parientes, apenas logran pensar más de un siglo a futuro y, salvo por Apolo, sus profecías son defectuosas y abrumadoramente simplistas. Yo no soy profeta sino más bien una sabia de todas las cosas y está claro que todas las cosas se marchitan y cambian, incluso las cosechas del campo de Deméter. Mucho antes de que los titanes despierten, preveo una era en que los nombres de los dioses (incluso el del gran Zeus) quedarán apagados, ya no temerán la estampida de los truenos y la furia del océano, sino que serán usados como bromas y rimas para niños. Veo un mundo donde los mortales se perciben a sí mismos como dioses: toman nuestro lugar y elevan a los suyos a una posición de divinidad (una arrogancia asombrosa, una conclusión lógica), pese a que sus dioses tienen muchísima menos habilidad a la hora de modificar el clima.

Nos veo a nosotros marchitándonos. Nos veo cayendo, por mucho que nos enfurezcamos. No se derramará sangre en nuestro honor, no se harán sacrificios y, con el tiempo, nadie recordará nuestros nombres. Así perecen los dioses.

Esto no es una profecía, es algo mucho más potente: el curso inevitable de la historia.

No lo aceptaré y, por tanto, preparo mis artilugios. Erijo ciudades, templos, monumentos, instruyo sabios, extendiendo ideas que durarán más que cualquier escudo roto, pero cuando todo lo demás fracase aún quedará una cuerda en mi arco: tendré una historia.

Una buena historia puede perdurar más que casi cualquier cosa y para eso necesito a Ulises.

Ahora se mueve en la playa; naturalmente, los poetas informarán que yo estaba aquí para recibirlo, un buen momento para que por fin apareciera Atenea, una revelación de mi rol, de mi apoyo (no lo llamemos así, llamémoslo... guía divina), mi noble presencia que siempre estuvo con él.

Si hubiera aparecido mucho antes la travesía se le habría hecho fácil, pues sería un hombre ayudado abiertamente por los dioses (eso no habría servido para nada); pero aquí, en las orillas de su hogar, es el momento indicado, es incluso una especie de catarsis. “Ulises por fin ve a la diosa protectora que durante todo este tiempo ha estado guiando su mano temblorosa”; es el momento narrativo perfecto para introducirme.

Bueno.

Apenas si necesito seguir relatando este asunto si los poetas han hecho su trabajo, si han cantado sus canciones como pretendo que hagan, entonces sus audiencias deberían derramar lágrimas con el corazón agitado mientras Ulises finalmente se mueve, despierta, ve esta tierra sobre la que no ha posado los ojos durante veinte años, se esfuerza por entender, grita de rabia por la traición, contra los marineros pérfidos que hablaron con tanta gentileza pero que acabaron abandonándolo una vez más en vaya a saber qué condenado lugar. Los poetas también pueden describir, entonces, que lentamente se calma, recupera el control, mira a su alrededor, olfatea el aire, se pregunta, se abraza a la esperanza y ve por fin mi forma divina, de pie a su lado.

Y yo diré “¿Acaso no conoces este lugar, extraño?”, en un modo que será irreverente (pues yo no dejo de ser una diosa y él solo un hombre), sino también gentil y afectiva, y él al final gritará: “¡Ítaca! ¡Ítaca! ¡Dulce Ítaca!”.

Lo dejaré tener su momento de pasión, de la mayor alegría, algo que también es una parte emotiva importante en la estructura general de este asunto, y luego lo guiaré hacia temas más prácticos y sus deberes aún inconclusos respecto de su tierra.

Esto cantarán los poetas y, cuando lo hagan, yo estaré en el centro de todo: apareceré cuando más importa y de esa manera, por degradante que sea, sobreviviré.

A veces esto me lleva a aborrecer a Ulises. Yo, que he enarbolado el rayo, reducida a un simple agregado en la historia de un mortal. Pero aborrecer no sirve de nada, por lo que procedo a tragarme mi amargura y me aboco al trabajo. Cuando todos mis hermanos se desdibujen, cuando los poetas ya no canten sus nombres, Atenea perdurará.

Los poetas no cantarán la verdad de Ulises. Sus versos se compran y se venden, sus historias están sujetas a los caprichos de reyes y hombres crueles dispuestos a usar esas palabras en pos del poder y solo del poder. Agamenón ordenó a los poetas que cantaran sobre su fuerza imparable, sobre la velocidad de su espada sangrienta. Príamo hizo que los poetas de Troya elevaran sus voces en alabanza a la lealtad, la devoción y los vínculos familiares sobre todo lo demás y ved dónde están ahora: deambulando por los oscuros campos de los muertos; las historias que cantaban de sí mismos los asesinaron tanto como las espadas que les quitaron la vida.

La verdad no me sirve, no conviene que se sepa.

Y sin embargo, mi naturaleza dual tira de mí, pues no solo soy la señora de la sabiduría sino de la guerra. Y pese a que la guerra rara vez es sabia, al menos es honesta.

La verdad, entonces, para satisfacer a la guerrera que yace dentro de mi pecho de filósofa.

Escuchad con atención pues esta es la única vez que lo contaré.

Un secreto susurrado, un relato oculto: esta es la historia de lo que en verdad sucedió cuando Ulises regresó a Ítaca.